

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, 4 de Enero de 1917.

Número 1.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CACATURAS
SE PUBLICA LOS VIEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 5 MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año—Pago adelantado—Corresponsales 50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 10 de rebaja.

Por qué no insisto

¿Recuerdan los aficionados á toros á aquel *Chironi* que á la plaza de Madrid tocaba un cencerro siempre que cualquier lidiador hacía mala faena? Le importaba muy poco que el público aplaudiese frenéticamente mientras él tocaba. El conocimiento de la materia y el desinterés más absoluto garantizaban la imparcialidad de su juicio; así es que manifestaba su opinión sin cuidarse de la ajena.

Y he pensado alguna vez que lo mismo he hecho siempre yo. Sí; nunca he tomado á la opinión el pulso para decir lo que sentía acerca de la marcha del partido. De ahí el que en tantas ocasiones haya alabado cuando los demás aplaudían.

Creyendo yo que los demás aplaudían ahora esa tentativa burda de cordialidad entre los que *cordialmente* se tiraron siempre al codillo en cuanto se interpuso un acta entre ellos, ofrecí en el número pasado insistir en el tema del almuerzo presunto fraternal; mas al advertir que nadie lo ha tomado en serio, desistí de mi propósito. ¿A qué combatir ideas ó hechos muertos al nacer?

El día 22, como recordarán mis lectores, se reunieron nuestros diputados, esos á quienes el republicanismo tanto admira por la constante, brava y revolucionaria campaña que acaban de hacer en el Parlamento, en la que todos votaron frente al Gobierno unidos como un sólo hombre; y el 26 dijo *La Lucha*, de Barcelona, á la cabeza del número, en dos columnas y

en letra de este tamaño para llamar la atención:

«PERDERIAMOS TODA NUESTRA VIRTUALIDAD, NUESTRA FUERZA Y NUESTRA SIGNIFICACIÓN, SI NOS SOLIDARIZAMOS CON LOS ELEMENTOS QUE HAN HECHO BURLA DE LAS ANGUSTIAS POPULARES, QUE HAN MEDRADO A COSTA DEL GENEROSO CANDOR DEL PUEBLO, QUE HAN CALLADO COMO COBARDES O COMO VENDIDOS ANTE LOS ATROPELLLOS DEL PODER PÚBLICO Y ANTE LOS ESCANDALOS DE LOS HOMBRES DEL REGIMEN. SIGNIFICAMOS UNA PROTESTA Y UNA RENOVACIÓN. Y HEMOS DE SER JUSTOS, FUERTES E INEXORABLES.»

«SE CONOCE QUE SE ACERCAN ELECCIONES. YA VUELVE A HABLARSE DE UNIÓN, DE PACTOS Y DE INTELIGENCIAS. DE LO QUE DEBE HABLARSE NO ES DE ÉSTO, SINO DE QUE CADA CUAL CUMPLA CON SU DEBER REPUBLICANO Y REVOLUCIONARIO. O SEA, DE HACER LO CONTRARIO DE LO QUE HASTA AHORA HAN VENIDO HACIENDO ALGUNOS.»

«HAY GENTE QUE AUNQUE VIVIERA CIEN AÑOS HACIENDO PENITENCIA, NO NOS PODRÍA INSPIRAR CONFIANZA. ARRASTRAN CULPAS DEMASIADO ENORMES. Y LAS ARRASTRAN EN AUTOMÓVIL.»

Al leer lo anterior, dije para mí peliz:

«¡Ya escampa! ¡Y llovían capuchinos de bronce.»

Aquí de la copla:

Un fraile me pidió un beso
el lunes por la mañana;
yo le dije, «padre mío,
buen principio de semana.»

Si cuando apenas acaban de digerir el almuerzo, suelta esa indirecta el órgano de uno de los comensales, ¿qué va á pasar cuando el residuo inasimilable de la digestión se haya mezclado en la alcantarilla con el de los vecinos que almorzaron aquel día en esta villa y corte?»

Y después de decirme eso, aguardé á ver si la Prensa republicana se entusiasmaba ante aquel acto que hubiera sido transcendental en otras circunstancias y con otros hombres (entren todos y salga el que pueda), y nada: la noticia escueta sin comentarios en algunos periódicos; en

otros con la manifestación de una vaga esperanza de concordia; en otros, ni esto siquiera. Y, en vista de este desdén ó esta indiferencia, me confirmé en la idea de no seguir tocando el cencerro. Si todo el público pensaba como yo, ¿para qué perder el tiempo en llevarle á un convencimiento que ya tenía?

No vacilé desde aquel instante ni un segundo; mas si hubiera vacilado, estos otros renglones de *La Lucha* del día 30 me quitan de seguro el deseo de hacer honor á la palabra que dí:

LO QUE DICE NAKENS

«El veterano Nakens ha sido siempre un acérrimo, caluroso, devotísimo partidario de la unión republicana. No es menester recordar el esfuerzo y la abnegación puestos por Nakens al servicio de esta finalidad, que sería muy loable si fuera bien intencionada y no significara un LAZO, una nueva estación en el calvario de amargas desilusiones del pueblo.»

Copia aquí tres párrafos de mi artículo y añade:

«Nakens promete insistir en el próximo número de *EL MOTÍN* sobre este mismo tema.»

Explicada ya la causa de no haber cumplido mi promesa, réstame sólo manifestar la satisfacción intensa que experimento al ver que comienza el republicanismo á sacudirse de tutelajes é idolatrías, y que, por lo tanto, va á ser muy difícil en adelante darle el timo con cartuchos de perdigones.

Esto me hace esperar que tal vez no tarde en celebrarse la *Asamblea de los 49*, que cantará el *de profundis* al republicanismo bullanguero ó industrial, y facilitará el advenimiento á la vida seria y revolucionaria del republicanismo tal cual se necesita que sea para salvar á España.

Y como este es el que siempre propagué y defendí, calcúlese si estaré contento.

JOSE NAKENS

CONFIDENCIA

Me pregunta una mujer muy guapa, y que va á misa, si he entrado en un templo alguna vez.

Y yo, por ya fósil galantería, ó por recordar vagamente que allá en mis buenos tiempos me apresuraba á complacer (y si era posible con todas sus naturales lógicas y agradabilísimas consecuencias), á las hembras que ostentaban esa soberana cualidad

sin fijarme en detalles de ortodoxia, voy a contestar ingenuamente a la que me interroga:

«Sí; he entrado en varios templos y hasta he oído algunas misas (dicho sea sin intención de alabarme), allá por los años felices de la infancia en que nos llevaba el maestro de escuela a la iglesia todos los domingos. Y hasta ¡no se sonría usted, señora!, he ayudado a consumir lo menos cincuenta ó sesenta santos sacrificios.

Como, aun cuando después no lo haya demostrado, este su humilde servidor parecía listillo de pequeño, el maestro me elegía a menudo en la villa de Moraleja (Cáceres) para mudar el misal, echar en el cáliz el contenido de las vinajeras y tocar la campanilla; manipulaciones que, aquí en confianza, confieso a usted que ejecutaba sin conciencia; quiero decir, sin saber por qué las hacía ni para qué servían, sin negar por esto que me regocijaban. Los muchachos se distraen con cualquier cosa.

Fuera de aquel período, sólo tengo que arrepentirme de haber entrado en los templos a admirar algún objeto artístico, de los que la Iglesia hizo siempre codicioso acaparamiento.

Pero no, no... ¡Qué mal ando ya de memoria! Siendo cabo del Ejército de la guardia con cuatro números en el altar mayor de la iglesia del Casar de Cáceres en no recuerdo qué festividad. No por voluntad mía; conste. Por cierto que me aburrí de lo lindo, pues no logré tampoco enterarme de nada de lo que oía y veía. Verdad que lo mismo le pasa a la mayoría de los que van a misa en todas partes.

¡Ah!, se me olvidaba. En 1866, primer año de mi estancia en Madrid, fui a oír la misa del Gallo en la iglesia de San Martín. Por mi voluntad esta vez, pero con intenciones que acaso no fueran muy ortodoxas, varonescamente hablando. A los jóvenes de mi tiempo nos daba el naípe por ahí. No existían entonces frailes en España, ni se habían inventado los *luises*.

Exceptuando en estas ocasiones, juro a usted, bella señora, que, en buena hora lo diga, no se me ha ocurrido jamás entrar en ningún templo, acaso por no caer en la tentación de echar de menos con demasiada vehemencia a Aquel que arrojaba a latigazos a los que en su tiempo chalaneaban y se enriquecían en ellos.

Y rogando a usted, señora, que me guarde el secreto de esta confidencia, que pudiera lesionar mi bien cimentada fama de impío, júrole que si tuviese la edad de usted, y me impulsiera por condición para mirarme cariñosa con esos ojos que habrán hecho tantas veces palidecer de envidia a los luceros, que oyera seis misas a diario, no volvería ninguna mañana a mi casa sin haber asistido a diez ó doce por lo menos, aunque así me asegurase

la condenación eterna; que si me la aseguraría, por no pensar en la iglesia más que en usted, ni poder pasar en el avemaría del «bendita tú eres entre todas las mujeres.»

El horror supremo

Yo había visto la guerra en el frente occidental. Y asqueado de sus espectáculos la describí, de vuelta a España, como fea, sucia y sin gloria. Había presenciado las guardias de trinchera, la entrada de los hombres en las zapas los despliegues en los barrizales rojos. Había recorrido bajo el bombardeo alemán las calles de Vermelles, de Iprés, de Neuve Eglise y de Ablain-Saint-Nazaire. Había ambulado por los espantosos y repugnantes osarios de las laderas de Notre Dame de Lorette. Había asistido a las agonías de soldados y oficiales heridos y mutilados por un casco de bomba al salir de los abrigos, al patrullar en los ramales, al asomarse al parapeto de la primera línea...

Millones de topes humanos habían cavado, desde el mar de los Vosgos, inmensas madrigueras, y escondidos en ellas esperaban el momento de los supremos choques. Llenos de barro, con los ojos enrojecidos y los semblantes lívidos, guarnecián las fronteras provisionales, donde cristalizaran las formaciones de los ejércitos después del período de la guerra de maniobra...

Y cuando regresaba al Madrid pacífico é indiferente, que hace colmos y discute bizantinismos sin sustancia, me preguntaba asombrado:

—¿Pero es posible que los hombres sean tan imbéciles que aceptan esa existencia de sangrientos trogloditas, porque así lo dispusieron algunos irresponsables?

He estado la otra tarde en un local particular de Madrid, donde son exhibidas películas de la batalla del Somme. Impresionar esas cintas ha costado un trabajo inmenso. Algunos operadores murieron en la operación.

Ante mí han vuelto a desfilar las trincheras, los ramales, las excavaciones, los abrigos subterráneos, los hospitales, los parques, las ambulancias, los campamentos, las estaciones de ferrocarril. He saludado paisajes conocidos. Divisiones de infantería llenaron el blanco lienzo marchando a la muerte. Así pasaron, en Abril, por los caminos de Flandes, en ruta para Iprés ó Armentieres...

Pero una de las cintas a que aludo—documento incomparable de la presente humana locura—me estremeció hasta el escalofrío. Yo creía que estaba curado de espanto. Y no. El momento que fué sorprendido por ella, supera en horror a todo lo imaginable.

Primeramente, por un ramal de comunicación, calada la bayoneta, avanzan, en fila india, los voluntarios ingleses que han de precipitarse contra las defensas alemanas. No hay en ellos la sombra de una irresolución. En la boca la pipa eterna, marchan diligentes, sobre los tablores embarrados del suelo movedizo.

Después se agrupan muy cerca del parapeto. Al otro lado reventaron las minas cargadas de dinamita. Los morteros de trinchera lanzan sus proyectiles disfor-

mes. Las amalladoras tabletean rítmicas. Los graderos prueban la fuerza de sus brazos, y sus gestos violentos suspenden el ánimo del espectador.

A una señal, aquellos hombres escalan el parapeto.

La ola humana rompe todos los diques y se desbordando los campos erizados de alambres y caballos de frisa.

Y caen entonces las primeras víctimas. Hay un soldado que apenas asomó su cabeza fuera de la línea de sacos recibió un balazo en pleno cráneo. Tiene una convulsión, y se desliza al fondo. Se va achicando, y apenas llega al suelo diríase que ha quedado en una mitad.

Hay otro que se enreda en la alambrada. Quiere desirse de aquellos espinos acorados que clavan en sus ropas y en sus carnes. Hace palanca con el fusil. Mas entonces hieren en el pecho. Y cae, y queda plado en una postura ridícula, mientas un tercer desgraciado, que corría locamente, alegre, embriagado, con los músculos en tensión por los ímpetus de la carga, se desploma al lado suyo, se encorva y pega al pecho sus manos, agarrotadas por la muerte...

Otro... Otro. Caen los hombres como muñecos del *mam pum*. Un sargento altísimo, delgado, de zancas formidables, salta ágil entre la maraña, llega a terreno libre y se arroja, como a un abismo, a la trinchera enemiga. Y allí le matan. Se adivina que recibió a la vez múltiples heridas, que livida se escapó de sus venas por innumerables brechas...

¡Oh la guerra, la atroz guerra! Vayan a verla, ó a lo menos asistan a esas sesiones de cineatógrafo los enamorados de Belona. Y les aseguro que saldrán horrorizados y despreciando a la Humanidad profundamente...

FABIÁN VIDAL

BUEN SASTRE

La Lucha, periódico de Marcelino Domingo, dice en el número del día 25 del mes último:

«El dinero, y con el dinero la orgía, es el único medio de acción de los gobernantes. Con él sobornan a las oposiciones. Y el pueblo es bastante necio para creer en la realidad de ciertas oposiciones compradas y convenidas.»

La circunstancia de ser diputado Domingo, y el estar, por consiguiente, en condiciones de saber a ciencia cierta lo que en el Congreso ocurre, da gran autoridad a la afirmación de que hay oposiciones compradas y convenidas, y a la frase de que no es mal sastre el que conoce el paño.

Solución al conflicto

Están unos y otros devanándose los sesos para ver la mejor manera de redimir al clero rural del hambre que no pasa, pues como dije hace días, el último superviviente de un pueblo en que todo vecino pereciese por falta de alimentación sería el cura; y nadie da en el quid.

Voy a ver si doy yo.

Suponiendo que en España no hu-

biese más que veinte mil templos, y que por término medio sólo entrasen á diario cien personas en cada uno, resultarían dos millones de creyentes, que á diez céntimos la entrada, soltarían 200.000 pesetas diarias.

¿Y qué católico verdadero se negaría á hacer este pequeño sacrificio tratándose de ganar el cielo? Ninguno seguramente.

¿Que habría muchos infelices que no podrían oír misa por falta de los diez céntimos? Lo sé: aunque Dios es padre de todos, hay quien no tiene pan. Es verdad triste, pero comprobada.

¿Que sería poco edificante el ver á los fieles echar mano al bolsillo para entrar en la iglesia como lo hacen al acercarse á la taquilla de un cine?

¿Y por qué? ¿Acaso una vez dentro no tienen por fuerza que fijarse en el sinnúmero de cepillos que hay en cada una, todos gritando á la vez, *mano á la bolsa*?

¿Que ese portazgo, repito, equivaldría á privar de la entrada á los pobres?

Aparte de que eso les ocurre ya en muchas iglesias donde se entra con papeleta, hay que contar con la caridad inagotable de los fieles pudientes. ¿Cuál de ellos desatendería la súplica del hermano en Cristo que le pidiera diez céntimos para franquear los dinteles de la casa de Dios?

¿Que he calculado muy por lo alto al suponer que entran cien personas diariamente en cada templo, chico con grande, catedral con iglesia de aldea?

¡Pero qué! ¿Ahora estamos ahí? ¡Pues no se nos llena la boca de decir que en España, nación de diecinueve millones de habitantes, únicamente no son católicos unas cuantas docenas de desdichados, entre los cuales tengo el honor de contarme!

Menos modestia, creyentes, menos modestia. Suponen ustedes que he tirado de largo, y yo sé que me he quedado corto por temor á que dijeran que exageraba.

Quedemos, pues, en que se recaudarian 200.000 pesetas diarias, que ingresarían en el Tesoro público, salvo las que se trasconsejaban, y que el Gobierno podría atender holgadamente con ellas á remediar la relativa situación precaria de los curas rurales, sin abrumar más de lo que ya lo está al contribuyente, pues con 626 millones de pesetas que se recaudarian al año (sin contar los domingos) habría para que todo cura viviera hecho un procer, y hasta para aumentar unos miles de duros al sueldo de cada desventurado obispo.

Si el sacerdote debe vivir del altar, opinión que no tiene entre ellos ni un sólo contradictor, supongo que estarán conformes con esta idea mía todos los señores trasquilados por el vértice.

Juicio anticipado

¡Pero qué marcha más desastrosa han seguido todos los jefes y jefecillos del republicanismo desde primeros de siglo acá!

Si la Historia les concede el honor de ocuparse de ellos, dirá de seguro algo parecido á lo siguiente:

«Fuera de dos ó tres sacudimientos epilépticos de aparente vitalidad, los señores aquellos se dedicaron:

los unos, á resucitar el carlismo y alentar el separatismo con la Solidaridad;

los otros, á inventar partiditos para andar por casa, y para su particular uso y provecho;

los otros, á pasarse á la Monarquía; algunos, á medrar;

y todos á despertar, agrandar y mantener entre las masas las divisiones que les permitieran ser jefes de kábila para campar cada uno por sus respetos.

Así pudo la restauración que mutiló, saqueó y degradó á España, seguir su camino sin tropiezos de gran importancia.»

Y si la Historia no dijese esto, se haría indigna de que se le siguiera llamando maestra de la verdad.

Desde que las enseñanzas de la guerra europea ha variado la significación de ciertas palabras, me miro mucho antes de aplicar el adjetivo *culto* á ningún individuo, por mala opinión que de él tenga.

Pudiera suponer que irataba de insultarle llamándole *alemán*, y yo no me ensaño de ese modo ni aun con mi mayor enemigo.

Comparación curiosa

Datos que vienen á confirmar que los obreros de la viña del Señor han vivido siempre infinitamente mejor que los que cavan, podan y vendimian las que producen las uvas.

En 1731 había en Sevilla 80.000 habitantes con 80 conventos y 30 parroquias. Los habitantes consumieron aquel año 529.432 libras de carne. Los 80 conventos y los curas de las 30 parroquias, 520.534.

En Valencia había el año 1818 100.000 habitantes. Produjo aquel año el derecho de puertas sobre las carnes 999.628 reales, de los que hubo que devolverle al clero, por corresponder á las carnes entradas por él (el clero no pagaba impuestos) 530.576.

Es decir, que en Sevilla los curas y frailes se comían la mitad de la carne que entraba, á pesar de ser los seglares 80.000; y en Valencia comían más carne que el resto de la población.

Es así que los frailes y los curas si-

guen tan glotonos como entonces, luego no hay que averiguar quién se come la mayor parte de la carne que hoy se degüella.

¡Y á una religión que tiene representantes de esas tragaderas la llaman espiritual! ¡Y unos hombres así predicán el desprecio á la materia! Habría para soltar la carcajada, si no fuese porque todo lo que consume la gente de Iglesia se lo quita de la boca á quienes lo producen.

¡Qué estúpida y sufrida es la obra maestra de la creación, el hombre!

FRAY GERUNDIO EN LA INQUISICIÓN

Anoche, cuando íbamos á cerrar nuestra edición, se nos entregó, con carácter urgente, por un emisario desconocido, un pliego que por referirse á nuestro antiguo y benemérito compañero hacemos público, mientras ponemos en práctica poderosos resortes para sacarlo de la angustiosa situación en que se halla.

Dice el escrito:

«Ayer, al oscurecer, cuando me disponía á salir de casa para verificar mi acostumbrada visita á esa Redacción, fui abordado por dos sujetos mal encarados que afirmaron tener orden de conducirme al Gobierno civil, y, sin darme tiempo á protestar, me metieron en un coche de alquiler que había parado junto al portal, el cual emprendió veloz carrera, dejando á la portera y algunos transeúntes que ya se habían acercado haciendo calurosos comentarios.

En seguida me percaté que el coche no iba en dirección al Gobierno, pues tomó por la calle del Carmen y Puertaferri, torció por la plaza Nueva y, raudo como un rayo, se coló en el palacio episcopal, en el cual ya debían esperar mi llegada, pues el conserje tenía abierta la cancela de hierro que da al patio.

Me obligaron á descender, diciéndome con sonrisa burlona que el gobernador se hallaba allí y que todo era cuestión de unos minutos. De repente uno de aquellos esbirros me puso unas esposas en las muñecas, y, alumbrados por el conserje, y á empujones, me hicieron entrar por una puerta pequeña que hay debajo de la escalinata de piedra, bajando varios escalones, y conduciéndome á un departamento en el cual había reunidas algunas personas que me causaron viva impresión.

En el fondo de aquella pieza de paredes húmedas y ennegrecidas había una especie de dosel de paño rojo descolorido, en el que se destacaba una cruz verde y dos ramas de palmera. Debajo de este dosel y sentadas ante un estrado, había cuatro personas: un clérigo de faz amoratada, con enorme gafas de oro; un fraile dominico enjuto, anguloso, que clavaba en mí sus miradas con un fruncir de boca siniestro; un señor con toga y birrete de magistrado que se acariciaba nervioso la blanca y poblada barba, y un tipo indefinible, mezcla híbrida de seglar y eclesiástico, que revolvía ansioso unos papeles amarillentos. A la derecha de la mesa, y medio escondido en la penumbra, había un hombre cubierto con larga blusa negra y los brazos cruzados. Sobre la mesa estaba un crucifijo y dos candelabros con velas verdosas; delante de la

mesa un taburete, y á la izquierda un especie de banco con varias cuerdas.

—Es éste?—preguntó el clérigo de la faz amoratada.

Los esbirros asintieron con la cabeza, y, á una señal del fraile, salieron de la estancia.

Nervioso, descompuesto, pregunté qué significaba aquel lúgubre aparato y por qué motivo se me había conducido allí con engaños.

El clérigo se puso el dedo en la boca, indicándome que callara, y me ordenó que me sentara.

—Estáis ante el Santo Tribunal de la fe y váis á responder á todo cuanto os fuere preguntado. Habéis colmado la medida de la iniquidad ante Dios, y sólo la verdad explícita y sincera despertará la misericordia de la Iglesia para con vos. De lo contrario, se os aplicará el tormento...

—¡Cielos! ¡La Inquisición! ¡Y en Barcelona, y en pleno siglo XX!...

—El Santo Oficio vive siempre y se manifiesta como puede y cuando puede. ¡Silencio!

El fraile dominico sacó unos anteojos, los limpió con la manga del hábito y me dijo:

—Sabéis, ó habéis oído decir, si en cierta hoja impresa de esta ciudad hay un escritor hereje, blasfemo, que á diario profana las cosas más santas con comentarios sacrilegos relativos á la Iglesia de Cristo y á sus ministros y servidores?

—Son inútiles estos rodeos hipócritas: conozco las fórmulas procesales de vuestro tribunal; ese escritor soy yo.

—Puesto que así lo declaráis espontáneamente os haremos gracia del tormento y continuará el interrogatorio.

—Son ustedes muy generosos.

—Tenemos el tratamiento de «Reverencias».

—Es cierto que el acusado, en connivencia con las sectas masónicas, excita al pueblo á la incredulidad y á la herejía?

—Obro por impulso propio, convencido y sin estímulos de nadie. Además yo no combato la religión, sino los abusos que se cometen en su nombre y á su sombra.

—La eterna disculpa de todos los herejías... Vos sois un aborto del infierno...

—Soy hijo de mis padres, buenos y viejos cristianos.

—En vuestra ascendencia hay sangre morisca, judía y luterana.

—Como en todos los españoles.

—Limitaos á responder y no ofendáis al promotor fiscal de la fe con vuestro cinismo.

—Señor, yo...

—¡Callad!

El tipejo híbrido escribía sin cesar á vuelapluma.

—Es cierto que tenéis pacto expreso con Satanás?... Se os acusa de que os dedicáis á la nigromancia, que empleáis talismanes, conjuros y maleficios, que consultáis al trípode infernal y que asistís á los aquelarres en que se adora al macho cabrío.

—¡Qué desatinos! Si precisamente estoy combatiendo todos los días esas cosas.

—Argucias de vuestra hipocresía para despistar á los fieles. En nuestros autos consta todo esto bien probado.

—Serán delaciones de una echadora de cartas que vive en mi casa y á la que he puesto en solfa.

—Eso no os interesa; aquí todo se juz-

ga y se falla ante el santo temor de Dios y con toda justicia... Todas vuestras iniquidades están bien probadas... Creo inútil que este Santo Tribunal se moleste más tiempo en la comprobación de doctrinas y asertos que constan en los escritos del reo... Creo que podemos fallar la sentencia.

Sentí un escalofrío desde la nuca á los pies... El tipejo indefinible alargó al que presidía un papel; todos se pusieron en pie y se descubrieron; el hombre de la blusa negra se inclinó respetuoso; el clérigo de la faz congestionada leyó con voz solemne:

«Christi nomine invocato

Fallamos: que debemos condenar y condenamos al titulado Fray Gerundio, por impío, hereje, rebelde, contumaz, perverso, relapso, blasfemo, propagador de máximas ofensivas á los oídos piadosos, con «vehementi» de prácticas nigrománticas y diabólicas, á ser degradado de su estado y condición, exonerado de todos sus derechos civiles y canónicos y cubierto con sambenito y corzo á la pena de muerte en la hoguera ó en garrote vil, y sus restos y cenizas sean aventados «in maledictionem».

Item: que todos sus bienes, rentas y propiedades, si los tuviere, sean confiscados, aplicándose por mitad á este Santo Tribunal y á la Cámara de S. M.

Item: que no permitiendo la tiranía de los ominosos tiempos que atravesamos ejercer á la Iglesia el derecho inalienable é indiscutible sobre la vida y hacienda de los herejes é impíos, y aborreciendo nuestra santa religión el derramamiento de sangre, que dicho reo sea entregado al brazo secular para que se cumpla esta sentencia en todas sus partes del modo más expeditivo y que más convenga para mayor gloria de Dios y conservación de nuestra santa fe.

Dado en nuestro tribunal del obispado de Barcelona, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro secretario, etc., etc.

Entonces el señor de la toga y el birrete, que hasta entonces no había pronunciado palabra, se volvió hacia el clérigo de la faz encendida y dijo:

—Y yo, en nombre de Dios todopoderoso y de la autoridad suprema, acepto al dicho reo y lo coloco bajo mi custodia.

Y, acercándose á mí, me puso la mano sobre el hombro.

El clérigo tocó una campanilla y aparecieron dos mozos de escuadra, que en la misma forma violenta de los anteriores esbirros me sacaron de allí y me pusieron una mordaza en la boca, metiéndome en el coche, que aún esperaba en el patio, y conduciéndome á uno de los sótanos del palacio de justicia.

Aquí me hallo secuestrado, con el temor y espanto que pueden ustedes suponer y en peligro inminente de que el «brazo secular» cumpla el terrible fallo de la Inquisición, que, como pueden ver, todavía funciona de oculto en esta hermosa y cosmopolita ciudad.

Aprovechando la coyuntura de haberme entrado un jarro de agua un guardia de seguridad á quien recomendé en cierta ocasión al gobernador Muñoz, y previas cinco pesetas, les remito estas líneas para que me saquen de este apuro y para que el compañero que hace la información del Gobierno exponga este atropello á Suárez Inclán para que me saquen de aquí, no sea que estos servido-

res de nuestra santa fe me den el pasaporte á la chita callando.

Y no me extendo más porque me van á cortar la luz de la bombilla eléctrica cubierta de telarañas, que hace aún más sombríos los recovecos de este sótano húmedo é infecto...

FRAY GERUNDIO

El Diluvio, 28 Diciembre 1916.

TIEMPOS Y TIEMPOS

Jesús fué colocado entre dos ladrones; por lo visto, en aquellos tiempos los ladrones se dejaban coger y crucificar. Ahora no hay uno de fuste que deje de figurar entre los más influentes fariseos.

Y se comprende; desde que comienza á robar, busca inmunidad en la beatería. Hay una excepción: la del que se hace beato antes, para poder robar en mejores condiciones.

Ruego á mis correligionarios, si un día les diese (que lo voy dudando) por sustituir la pluma por el sable y el discurso por el fusil, que supriman el consabido letrerito de *Pena de muerte al ladrón*; porque, ó quedan en ridículo al no aplicar la sentencia, ó van á dejar á España en cuadro.

Tan convencido estoy de esto, que al oír hace pocos días gritar á un hombre honrado: ¡Mueran los ladrones!, exclamé sin poder contenerme: ¡Insensato! ¡Quiere despoblar á España!

Hoy abundan los hombres que prefieren que les llamen ladrones á que les llamen pobres.

Piensen en esto como los jesuitas, casi todos los monárquicos y algunos republicanos.

DEMANDANDO PIEDAD

AL PUEBLO ESPAÑOL

«Un hombre honrado, un excelente padre de familia, un probo funcionario, un médico altruista, el Dr. D. Alfredo Alegre, se encuentra bajo el peso infamante de una condena, señalado con el estigma indeleble del presidio, cuyas puertas, cerradas á veces tras la inocencia, otras semejan hallarse abiertas, ganosas de albergar en su recinto á los eternos expoliadores, á los logreros sin conciencia, á los políticos venales que se refunden para constituir la prostituida personalidad del cacique.

No pueden consentir los que de su trabajo viven, intelectuales y manuales, que un hombre honrado agote su vida estérilmente tras los rastrillos de la prisión, con la idea permanente de que la justicia humana ha pasado á ser un mito, algo intangible que por la diafinidad de su esencia escapa á nuestra limitada concepción, condensándose en un favoritismo desmedido, congruente con la voluntad de los caciques.

Humilde es el Comité constituido en Valencia para recabar la libertad del desgraciado médico de El Pobo y formidables las murallas de los poderes y bastardos intereses contra los que ha de asestar el ariete de su constancia; pero débil es el tallo, que al iniciar la germi-

LAS PROPOSICIONES DE PAZ EN ALEMANIA



Alemania: "Si me dejais retener lo que tengo os dejaré ir".

(RAEMAEKERS)

nación de la planta se abre camino, hiriendo la tierra que después ha de hermo-sear con su vigor y lozanía; débil tam-bién es la gota de agua que logra lenta-mente horadar las piedras berroqueñas; humilde con su mansedumbre angélica se presentó Jesucristo, y sus doctrinas se extendieron por el mundo, difundidas al través de la sangre de sus mártires, proclamando la excel-situd del derecho.

Pidamos clemencia para el pobre mé-dico recluso y enfermo, y habremos he-cho una gran obra de caridad, de mise-ricordia y de amor.

Por el Comité Pro-Alegre: Ricardo Samper, diputado provincial y abogado; Vicente Picho, ingeniero; Rafael Cam-pos Fillol, Manuel Espinosa y Antonio Cortés Pastor, doctores en Medicina; An-tonio Merino Conde, cat-drático; Julián Puig y Emilio Borso, abogados; José Luis Estelles y Eduardo Guillar, escri-to-res; Enrique Soler, Cándido Herrero, Jo-sé Ahuir y A. Fernández González, es-tudiantes; Pedro del Campo, maestro; Antonio Monzó, dependiente de comer-cio; Fermin Cayete y Filiberto Sanchis, por la Agrupación de ex-alumnos de la Casa de la Democracia; Isidro Garcerá, presidente de la Casa del Pueblo; Car-melo Calatayud, presidente del Comité de Centros y Sociedades obreras y Joa-quín J. Thons, periodista.

EL MOTIN se adhiere á esa noble y jus-ticiara campaña iniciada por el Comité Pro Alegre y ayudará á que alcance el fin que persigue.

La Cooperativa Católica del pueblo de San Jorge ha sido asaltada, apode-rándose los ladrones de la caja que contenía 4.000 pesetas y de 250 que había en un cajón del mostrador. La caja la dejaron abandonada en el cam-po. Se ignora quiénes hayan sido los autores del robo.

No me extraña.

En los robos verificados en iglesias y en edificios que se rozan más ó me-nos con el catolicismo, aunque sólo sea por el nombre, suele ocurrir casi siempre lo propio.

Sin que yo pretenda, al decir esto, negar que en alguna ocasión los auto-res resultaron domésticos.

MISA INTERRUPTIDA

Dos vecinos de Albalat de los So-rells tenían no sé qué diferencias.

* En vez de irse á la taberna ó al campo á ventilarlas, se fueron á oír misa, y no sé qué pasó allí, que uno resultó herido en una mano.

El oficiante, considerando que la iglesia había sido profanada, suspen-dió el santo sacrificio, recogió el cá-liz y la patena, y salió acompañado de los fieles hacia la capilla del ce-menterio, donde terminó la misa.

Yo tenía entendido que el ir á mi-sa predisponía el ánimo de los fieles para ejecutar toda clase de obras bu-enas; pero, por lo visto, hay sus ex-cepciones, como en todo acto.

¿Pero qué estoy diciendo, pecador de mí? ¿Lamar acto humano al de la

misa, siendo así que es el más divino que existe?

Me arrepiento, por más que mi vo-luntad no haya intervenido en este asunto.

Entiendo tan poquito de cosas di-vinas, que sin percatarme confundo berzas con capachos.

¡A buena hora!

Trátase de un caballero, persona muy conocida porque fué toda su vida prototipo del logrero.

Político de ocasión á todas partes giraba y de opiniones cambiaban... ¡y nunca tuvo opinión!

Votar, votaba con todos; lo contaron en sus listas liberales y carlistas, buscando siempre acomodos.

Prestaba con interés, robaba cuanto podía, y así su candal crecía docientos por ciento al mes.

Hizo no sé qué jugadas la desgracia aprovechando de unos cuantos, y dejando sus familias arruinadas.

El tal tuvo la ocurrencia de irse á la sepultura, después de llamar un cura que limpiase su conciencia.

Confesó ó no confesó, pero el cura estuvo allí platicando con él, y dicen que lo perdonó, pues al llegar el momento de hacer su último viaje, descargó el mortal bagaje con fiel arrepentimiento.

Y así el héroe de esta historia, por la mediación del cura, según la gente asegura, fué derecho á la gloria,

dejando á los infelices por sus infamias heridos y en la miseria sumidos, con un palmo de narices.

Y aquí, lector, claro ves todo el quid de la moral católica: *Hacer el mal ¡y arrepentirse después!*

L. F.

EL DIOS INTERNO

Si en la actualidad la fe religiosa, pro-piamente dicha, tiende á desaparecer, es reemplazada en un gran número de es-píritus por una fe moral. Lo absoluto ha cambiado de sitio, pasando del dominio de la religión al de la ética, pero todavía no ha perdido nada del poder que ejerce sobre el espíritu humano. Sigue siendo capaz de sublevar las masas, y de ello se ha visto un ejemplo en la Revolución francesa; puede provocar el más generoso entusiasmo, puede todavía producir cierto género de fanatismo, mucho me-nos peligroso que el fanatismo religioso, pero que tiene sin embargo sus incon-venientes.

En el fondo no hay diferencia esencia-l entre la fe moral y la religiosa; se contie-nen mutuamente; mas á pesar del preju-i-cio contrario, todavía se ha extendido en nuestros días, la fe moral tiene un carác-ter más primitivo y universal que la otra.

Si la idea de Dios ha tenido siempre un valor metafísico y una utilidad práctica, ha sido en tanto que aparecía como uni-endo la fuerza y la justicia; en el fon-do la afirmación reflexiva de la divinidad contenía la afirmación siguiente: la fuer-za suprema es la fuerza moral. Si no ado-ramos ya los dioses de nuestros antepa-sados, los Júpiter, los Jehová, los Jesús mismo, es, entre otras razones, porque nos hallamos, en ciertos respectos, mo-ralmente por encima de ellos, juzgamos nuestros dioses, y al negarlos no hace-mos con frecuencia más que condenarlos moralmente.

La irreligión, que parece dominar en nuestros días, es, pues, bajo muchos as-pectos, el triunfo, cuando menos provi-sional, de una religión más digna de es-te nombre, de una fe más pura. Convir-tiéndose en exclusivamente moral, la fe no se altera; se despoja, al contrario, de todo elemento extraño.

Las antiguas religiones no hacían sólo un llamamiento á la creencia interna; in-vocaban el temor, la engañosa evidencia del milagro y la revelación; pretendían apoyarse en alguna cosa positiva, sensi-ble, grosera. Todos estos medios de ga-nar, de *embaucar* la conciencia, como di-ría Montaigne, llegan á ser actualmente inútiles. Todo se simplifica. Esta fórmu-la que tanta influencia ha tenido en el mundo: «es un deber creer en un dios» viene á convertirse en esta otra que por adelantado suponía: «es un deber creer en el deber.» Así se ha encontrado la ex-presión simple y definitiva de la fe, y á la vez se ha fundado una nueva religión. Habiendo perdido sus ídolos los templos, la fe se refugia en el santuario de la con-ciencia.

El gran Pan, Dios-Naturaleza, ha muer-to; Jesús, Dios-humanidad, ha muerto; queda el dios interno é ideal, el Deber, que acaso se halla también destinado á morir un día.

M. GUYAN

Visto y conforme

En un artículo que *La Barredera* de Bilbao dedica á lo que llaman los obispos precaria situación del clero rural, leo lo siguiente:

«Precaria situación la de los curas en España?»

Protesto.

No voy á decir yo que todos ellos na-den en la abundancia (lo cual constituiría para ellos un grave pecado enfrente de la miseria que rodea á los pueblos), pero sí puedo afirmar que el cura de la aldea más remota cubre á satisfacción, con su sueldo y sus emolumentos, todas sus necesi-dades.

Recorred, si queréis, los pueblos, al-deas y lugares ignorados, y veréis cómo el cerdo del cura es de los más gordos ó el que más de los sacrificados en el con-torno.

Las peras de la huerta del cura, suelen ser de las más hermosas y hasta las más dulces del pueblo.

Ellos no tienen hijos, pero cuando los sobrinos les visitan, pocas veces se vuelven de vacío.

Examinad los registros de los Bancos y Cajas de Ahorros, y hallaréis inscriptos en ellos los nombres de todo ó casi todo el clero peninsular. Pero no los busquéis en los libros de las casas de empeño.

Penetrad en sus despensas, y si no bien repletas, no las veréis exhaustas de sus fiambres, botecitos de conservas, su cajita de higos ó pastas y su tonel de clarete, acompañado de su apreciable amiga la barriquita del dorado blanco de la Seca ó del ajerezado «vino de cura».

Puede denominarse á esto una precaria situación?

No; en nombre de la verdad, los curas en España no viven en la miseria.

Enemigos del ahorro, porque el ahorro constituye avaricia teniendo cercana á la miseria; enemigos del lujo y de los placeres, porque los condena gravemente su santa religión, sin esposas ni queridas que mantener, porque lo prohíbe su castidad; enemigos de la gula, porque ella significa un pecado capital, los curas no tienen necesidad de aumento de sueldo.

¡Aunque lo diga el señor Arzobispo de Toledo!

¿Y á qué trozo de carnicalo se le ha ocurrido compararlos con los peones caminero ó con los maestros de escuela?

¿Pero es que los curas pueden tener media docena de hijos á quienes mantener?

¿Pero es que un peón caminero cuenta con los emolumentos de entierros, bautizos, y misas de pago?

No. Y si el Estado español (por lo mismo que es católico) tiene obligación de cubrir las necesidades del clero, el pueblo español que soporta á fuerza de sacrificios las cargas de ese Estado, debe decirle: el aumento del haber al clero no tiene razón de ser; los curas tienen bastante con lo que tienen.

¿Se callará el pueblo, y aguantará como un cabrito?

Visto Bueno.

EL MOTIN

Redactor presunto

¿Si acabará el arzobispo de Tarragona por hacerse simpático? Me lo estoy temiendo.

Al leer el latigazo que soltó al diputado Llorens en *El Correo Español*, contestando á una censura cobarde que el tal había hecho de sus actos, si no al arzobispo, admiré al hombre Antolín y al escritor Peláez.

¡Vaya una sátira por lo fino, honda y descoyuntante! El héroe inédito del carlismo y problemático del jaimismo, quedó en disposición de que salieran al redondel á arrastrarlo las mulillas.

¡Qué lástima que un barbián de sus arranques y sus circunstancias ejerza de arzobispo!

Iré á ofrecerle una plaza de redactor en EL MOTIN el día que lo jubilen de su cargo, que si lo jubilarán, si insiste en seguir destrozando carcas germanófilas.

Y encajará aquí muy bien.

Para dar una pequeñísima idea del

estilo en que está escrita la réplica del arzobispo el ataque del Llorens, allá van dos párrafos de los que endilga al director del papel carca donde apareció:

«Cuando en un diario se me llama fanfante y mentiroso, no se puede regatearme el derecho de ir al mismo diario á rechazar tales acusaciones, que, si yo no llevara el traje que llevo, rechazaría con mayor viveza. Y eso me ha llamado el Sr. Llorens, aunque su propósito yo ahora así lo creo, no fué el llamarme eso.»

«Y ahora, señor director, perdón para mí—bien sé que no lo merezco, por no ser germanófilo; perdoneme que le haya robado tanto espacio, de que mucho necesitan sus lectores para enterarse de cosas de guerra; y para el Sr. Llorens, no la bendición que solicita de todos los Prelados, no la que doy yo á todos los fieles, otra muy particular correspondiente al particular afecto con que le distinguo.»

¿Qué tal? ¿Tenía yo razón ó no? ¿Sabe el amigo esgimir la péñola con la gracia de un P. Isla y la intención de un miura?

¡Lo dicho, lo dicho! El día que lo dejen cesante, me lo traigo á EL MOTIN.

¡Pues poquito que me gustan á mí los que *currelan* como él!

A mí, y á mis lectores!

El obispo de Madrid y los ciegos

Administración defectuosa de una testamentaria

«Hace algún tiempo una señora ciega legó un millón de pesetas para «que se repartiese entre el mayor número de ciegos pobres de Madrid y Barcelona», dejando este reparto al arbitrio de los respectivos obispos de ambas diócesis.

El reparto entre los ciegos de Madrid no debía ser muy satisfactorio, cuando éstos, hace varios meses, nombraron á un abogado que defendiese sus intereses, pues, según ellos, parte de las mandas eran indebidamente aplicadas al culto religioso. Entre el abogado defensor de los ciegos y el Obispado se vino á una avenencia, por la cual han quedado injustamente excluidos de los beneficios del reparto los alumnos del Colegio Nacional de Ciegos, so pretexto de que éstos no lo necesitan. Esta decisión es de todo punto arbitraria, pues los alumnos de este Centro Instructivo son pobres y así lo han de demostrar para ser admitidos en el Colegio Nacional. En cambio, se dice que un sobrino del obispo, médico especialista de ojos, percibe cinco pesetas por cada ciego que reconoce, con lo que se está beneficiando en muchos miles de pesetas, que pertenecen á los ciegos y no a un vidente con tanta vista. Creemos que habiendo un Colegio Nacional de Ciegos con un médico especialista, obligado á reconocer grauitamente á todos los ciegos que se presenten á la consulta, el hacer el reconocimiento mediante remuneración está contra lo estatuido en aquella cláusula que sólo habla de reparto entre ciegos pobres.

Es tradicional en España la defectuosa administración de las testamentarias, como también la mala administración civil y militar del Estado, que ha sido confesada hasta por el ministro de Hacienda, pero no esperábamos que el defecto se

generalizase también á la Iglesia; y es que nuestra psicología individual y social no varía nada, aunque se vista de levita, de uniforme galoneado ó de púrpuras.»

España

IGUAL, PERO DIFERENTE

El doctor Arturo Capdevila dió en «La Biblioteca de Córdoba» (Buenos Aires) una brillante conferencia combatiendo la escandalosa explotación que hace el clero de la ingénua fe del vulgo.

Un diario católico, *Los Principios*, pidió que el Gobierno prohibiese aquellas conferencias, á lo cual contestó el director de la «Biblioteca», doctor Agüero Vera en un valiente artículo, que decía entre otras cosas:

«El candado de la censura previa á que aspira ese diario, está suprimido desde que la Inquisición apagó sus hogueras y, francamente, no están los tiempos para rehabilitar privilegios odiosos y nocivos á la libertad y á la justicia, siquiera lo pidan los mutilados sobrevivientes de otras épocas, so capa de ilusorios derechos.»

Por su parte, el doctor Capdevila dijo, respondiendo á las furiosas acometidas clericales:

«¡Ah! Fueran más buenos, y se creyera en su bondad; dieran su pan al hambriento, y se creyera en su compasión; no injuriaran ni maldijesen, y se creyera en su misión de paz; no amontonaran oro en sus altares, y se creyera en su caridad; no llevaran mitras con pedrería ni trajes recamados, y se creyera en su humildad; no se salieran á rezar con clamor por las calles, y se creyera en su fe; no adoraran ídolos, y se creyera en su respeto á Dios.»

Como se ve, los clericales son idénticos en todas partes: brutos é intranquientes. Pero allí, en Buenos Aires, hay por lo menos quien les ponga la ceniza en la frente cuando se desmandan demasiado, mientras aquí, en esta nación de cabritos huérfanos (de vergüenza) casi todos berrean quejumbrosamente en cuanto los clericales los atacan, no sea que vaya á suponerse ¡horror!, que al devolver golpe por golpe, tratan ni por asomo de atacar el dogma, ese dogma que empiezan por no saber qué es.

¿Dónde estaría la influencia de la Iglesia, si los hombres que no creen en ella tuvieran el valor de decir lo que piensan del dogma y de todo lo que constituye su esencia y su sustancia? En donde está todo lo que pasó: en la Historia.

Pero voy sospechando que el catolicismo será eterno. Mientras haya ladrones y prostitutas (que los habrá siempre) y crean que hay otra vida y que pueden alcanzarla metiendo en agua bendita la mano con que afanaron, y pringándose con aceite al morir las partes del cuerpo que impulsaron al pecado ó que ayudaron á pecar, frente, boca, pecho, etc., etcéte-

ra, no habrá medio de acabar con el catolicismo. El miedo al castigo que merecen, les privará siempre de la serenidad de espíritu que únicamente tienen los honrados conscientes para no admitir otras verdades que las demostradas.

Modelo de sablazos

En la Prensa carcatólica de Madrid apareció hace un par de semanas lo siguiente:

Para el monumento en el Cerro de los Angeles

Las singularísimas gracias concedidas por Su Santidad para cuando «sté terminado el Monumento (y entre ellas la Porciúncula permanente y en todos los días del año, en el Santuario de la Virgen de los Angeles), ha movido de tal modo la piedad de tantas almas deseosas de que tan extraordinario privilegio sea cuanto antes un hecho, que son incesantes los requerimientos que se hacen á la Junta para que acepte cuantos donativos se la quieran hacer.

La Junta, en vista de esos requerimientos, y deseando también que las gracias de la Porciúncula en el Cerro de los Angeles se retrasen lo menos posible, se aviene á recibir los donativos que se la quieren hacer, cualquiera que sea su cuantía, haciendo saber que por cada *ciento cincuenta pesetas* se dedicará una piedra labrada del Monumento á la memoria del donante ó del difunto por el que se hiciere el donativo, cuyo nombre se grabará en uno de los costados de la piedra.

Los donativos todos, pueden dirigirse al Secretariado de la Consagración de los hogares. Fuencarral, 115, Colegio de los Sagrados Corazones, donde se dará recibo á los donantes.

LA DUQUESA DE LA CONQUISTA

El jesuita que haya redactado ese *sablazo*, puede aspirar al título de profesor de esgrima pecuniaria. ¡Vaya habilidad, soltura y aplomo! Eso se llama saber el arma que se tiene en las manos.

A estas horas habrá por ahí millares de necios sangrando por el bolido para que figure su nombre en una china de un templo consagrado al Corazón del que no tenía ni una piedra donde reclinar su cabeza.

¡Y case usted el precepto con el ejemplo!

¡Y el que sea tonto que se espavile!

¡Y los católicos han nacido para que los desplomen!

¡Y alza pilili!

Lo que costó el descubrimiento de América

Gracias á los documentos auténticos encontrados hace poco en Génova, puede fijarse de un modo exacto la suma empleada por Cristóbal Colón en el descubrimiento de América.

Al célebre navegante, como jefe de la expedición, le fué asignado un sueldo de 1.600 pesetas anuales.

Los capitanes de las dos carabelas que

marcharon á las órdenes de Cristóbal Colón, cobraron 900 pesetas por año, y cada marinero fué contratado con el salario mensual de 50 reales.

El equipo de la flota sumó en total 14.000 pesetas. Los viveres (pan, vino, legumbres, carnes, etc.) costaron seis pesetas por mes y por cabeza.

Cuando regresó Cristóbal Colón, recibía 22.000 pesetas á título de reembolso, por las cantidades que adelantó durante el viaje. Esa suma representa los gastos de la expedición, que duró desde el 3 de Agosto de 1492 hasta el 4 de Marzo de 1493.

Si á las 22.000 pesetas se añade la suma de 14.000 pesetas, que, según hemos dicho, costó el equipo de la flota, resulta que uno de los más grandes descubrimientos de que se enorgullece la humanidad, salió por 36.000 pesetas.

Lo cual echa por tierra todo aquel cuento de que doña Isabel I empeñase todas sus joyas para ayudar á Colón, ó nos demuestra que la reina de España las tenía en menor cantidad que hoy una carnícera medianamente acomodada.

Cada día se aprende algo.

Escrúpulos de monja

Leo en un prospecto de una católica fábrica de chocolates, «que las personas que lo deseen, pueden ver la fábrica y convencerse de que no se les echa manteca como en algunas fábricas, haciéndolos así imposible para los días de ayuno.»

Esto me recuerda el origen de la frase, *escrúpulos de monja*. Por si no lo saben mis lectores, allá va:

Fué á confesarse una monja, desembuchó unos cuantos pecadillos, y comenzó á temblar, ruborizarse, sollozar...

El confesor la animaba, ponderándole lo grande de la misericordia divina, diciéndole que el sacramento de la penitencia sirve de Jordán purificador, y esas otras cosas que han inventado los del oficio para atraer parroquia.

Pero la monja, nada; cada vez más confusa, más medrosa, llorando más... Por fin se desmayó, y hubo que conducirla á su celda.

A los tres días arrodillóse nuevamente ante el confesonario, y se repitió la escena punto por punto. El confesor comenzó á pensar en un crimen horrendo, un pecado irredimible... Algo así como un infanticidio.

A la tercera vez, y después de confortarla y consolarla de antemano, y de muchos suspiros por parte de ella, y muchas lágrimas, y su poquito de síncope, confesó.

(Aquí de mis apuros. ¿Cómo lo diré?... ¡Cielos!... ¡Qué compromiso! El caso es que... Mas allá voy; no se diga de mis escrúpulos lo que de los de ella).

Confesó que un Viernes Santo había utilizado en operación muy natural y oorriente aunque mal oliente (la

misma á que yo destino los periódicos clericales) un pedazo de papel que había envuelto... manteca.

De estos escrúpulos suelen tener las beatas y beatos que están ahorcados dentro de su putrefacta conciencia, y para esos y para esas se confecta el chocolate de esa fábrica.

Miscelánea

Los panaderos de Madrid quieren declararse en huelga siempre que la autoridad trata de que no vendan el pan falto de peso.

Esto me recuerda lo ocurrido en un juicio oral:

El presidente:—Se le acusa á usted de haber robado un pan.

El acusado:—Dispense V. S., señor presidente, el robado fui yo; el pan estaba falto de peso.

Esto pudiéramos decir á diario los vecinos de la villa y corte.

Cuando murió Inocencio VIII, célebre por haber tenido dieciseis hijos, apareció sobre su tumba un pasquín que decía: «¡Romanos! No busquéis la lujuria, la gula y la vileza. Están encerrados en el ataúd del papa Inocencio VIII.»

—Carlitos; no debes coger secretamente tantos caramelos; lo sabrá Dios y se disgustará.

—No, mamá, pues Dios sabe también lo buenos que son.

Libros en venta

Cosas de ellos
Chaparrón de milagros
Picotazos en la cresta
Milagros comentados
Trozos de mi vida
TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

por José Nakens—2 pts.

Cien sonetos

1 PESETA

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: *DOS pesetas*.
Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.

Imp. Moderna, San Bernardo, 65